

dices de notable interés. Pedagógico en su concepción sin demérito del rigor y la profundidad es también edificante, pues sus conclusiones siempre son las acertadas para la recta constitución del orden social y su eficaz subordinación al espiritual. En este sentido, nuestro querido colega Héctor Hernández vuelve a mostrar, una vez más, la pujanza de los estudios iusfilosóficos en la América hispana según la mejor tradición tomista. Enhorabuena, pues, al profesor Hernández y a nuestra civilización más viva allá que acá.

M. A.

Enrique Díaz Araujo: MARITAIN Y LA CRISTIANDAD LIBERAL (*)

El profesor Enrique Díaz Araujo, colaborador que lo ha sido de estas páginas, y que enseña en la Universidad Nacional de Cuyo, en Mendoza, Argentina, es uno de los polígrafos más laboriosos y pugnaces del universo del pensamiento tradicional. Jurista de formación e historiador de vocación, tocado además por el aguijón de la filosofía, sus escritos son siempre ricos por la variedad de sus saberes y firmes por la solidez de sus criterios y la falta de contemplaciones con la cultura dominante ambiente. Lleva años trabajando en varios y difíciles volúmenes sobre la historia de nuestra América en perspectiva jurídica y ahora, en un alto, dedica este libro sobre Maritain a la memoria del padre Julio Meinvielle. Tanto esta dedicatoria como el texto que inserta, acto seguido, y antes de la introducción, a saber, la imposibilidad de concordia entre Cristo y Belial, son bien indicativos de las intenciones del profesor Díaz Araujo. Así, en la línea del sacerdote argentino maestro de toda una generación de escritores, liga a Maritain con Lammennais —al que añade también Berdiaeff— y denuncia la imposibilidad de la llamada Nueva Cristiandad.

(*) Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, 1999, 208 págs.

El libro es, pues, una recuperación de muchos temas de la apologética antiliberal, hoy olvidada, y traídos de forma inteligente y neta. La lectura del volumen, en este sentido, me ha hecho honda impresión, pues aunque todo es conocido para el lector de cierta formación, vuelve a encontrarse (reencontrarse) lo que en su día se dijo —por voces bien autorizadas— y hoy se maquilla respecto de los sedicentes liberalismo católico y democracia cristiana. La estela que sigue es, pues, la del padre Menvielle y la de Leopoldo Eulogio Palacios o Charles de Koninck.

Pero, como quiera que la cuestión que se discute no es erudita o de escuela, sino que toca lo nuclear del debate filosófico-político hoy igual que ayer, traer la referencia de este libro a nuestros lectores es poner en primera línea la necesidad de debelar la ideología "personalista" como destructora del orden político y de la misma persona y de destacar que la Cristiandad laica o liberal ni ha existido, ni existe, ni puede existir. Como escribe el autor: "Fue una gran quimera, una ilusión, pero el humanismo cristiano como tal nunca cobró cuerpo objetivo. Existieron, existen, los católicos que desean transar con la Modernidad. La acumulación de sus afanes subjetivos ha llenado muchas páginas y ninguna realidad. Desde que el principio de no contradicción no solamente es del plano lógico, sino también del plano metafísico. Uno se puede imaginar una eventual conciliación entre quien cree en la Verdad del Verbo encarnado y quien no cree en nada trascendente fuera de su propia divinidad (como se puede imaginar y hasta decir que quien piensa no existe). Mas tales ilusiones son intrasladables al mundo real. Por eso es que la «Cristiandad Liberal» es un espejismo, un «sueño de la razón», cual dijera Jacques Maritain del sistema de René Descartes. Y los sueños, sueños son".

M. A.